

UNA EDUCADORA DE LA COLONIA

Escribe: OSWALDO DIAZ DIAZ

—Mucho se está discutiendo actualmente sobre un estatuto que iguale legalmente a la mujer y al hombre. Después de haber conquistado el derecho del voto, de ocupar las curules del parlamento, de compartir con el hombre la labor de legislar, de dirigir los negocios, ahora se busca la total independencia familiar.

—¿Vamos a discutir de eso? No veo que tenga nada que ver con los recuerdos de la historia, que son el tema de nuestras conversaciones.

—No. Eso no vamos a discutirlo. Pero sí podemos reflexionar, que si bien hoy las mujeres ejercen las profesiones liberales sin limitación, si tienen abiertos todos los caminos del saber y todas las oportunidades del trabajo, si llenan las aulas universitarias; hace menos de dos siglos no era así, pues los establecimientos de educación, aun los más elementales estaban cerrados a las niñas y, no solo las altas ciencias sino el simplísimo conocimiento de la lectura y de la escritura, eran cosas de que la casi totalidad de nuestras mujeres carecía.

—¿Hace menos de dos siglos? ¿Y entonces escritoras como la Madre Castillo, como doña Josefa Acevedo, como doña Soledad Acosta?

—La Madre Castillo fue un caso excepcional, privilegiado. Y las otras dos fueron mujeres del siglo 19, es decir de hace apenas cien años o menos. Vivieron después de que las mujeres de nuestro país fueron redimidas de su ignorancia.

—Redimidas de su ignorancia. Parece una frase bastante ampulosa.

—Y, sin embargo, es muy exacta. Las niñas, aun las de mejores familias aprendían en sus casas labores de aguja, bordados, repostería; y las más pobres, cocina, lavado de ropas, zurcidos. Enseñarlas a escribir se consideraba por las gentes timoratas como cosa corruptora. Por eso es tan admirable que haya sido una mujer la que rompió esa oscura tradición y abrió las puertas de una casa de educación a sus semejantes.

—¿Y quién fue?

—Doña Clemencia Caicedo y a ella vamos a consagrar un agradecido recuerdo.

—Era prudente doña Clemencia y sabía que iba a encontrar resistencias sordas. Por eso comenzó por consultar su idea con las más altas autoridades y también con el cabildo eclesiástico, con las distintas comunidades de religiosos y de monjas y con personas de juicio. Todos esos documentos se conocen y han sido publicados.

El segundo paso fue conseguir una comunidad que tomara a su cargo el proyectado colegio de niñas. No había en Santafé ni en la Nueva Granada, por aquellos años de 1770, institución alguna dedicada a estos fines y, por eso, la señora Caicedo tuvo que acudir a España. En aquel reino y en Francia un número apreciable de casas de educación para señoritas estaban regidas por la Orden de María o de Nuestra Señora de la Enseñanza. A dicha orden se dirigió doña Clemencia solicitando las constituciones, las reglas, los hábitos, al mismo tiempo que dirigía sus memoriales a la Corona española, pidiendo las licencias oficiales para fundar en Santafé Monasterio de dicha orden y Colegio para educación de señoritas nobles. La Real Cédula fue firmada en el Pardo el 8 de febrero de 1770. Pero esa solo era la base legal. Faltaba lo que nuestra edad actual considera lo más importante: los fondos.

Doña Clemencia Caicedo no ignoraba la importancia primordial de este punto, pero por encima de él ponía la asistencia divina y cuentan sus biógrafos que en cuanto recibió aquella Real Cédula que daba existencia legal a sus sueños de fundadora, la colocó debajo de la peana de una piadosa imagen en el oratorio de su casa. En cuanto a la materialidad de la obra, después de destinar a ella valiosas minas y otros bienes de su propiedad, adquirió los terrenos para levantar monasterio y colegio.

Y los buscó en el centro mismo de la ciudad, a una cuadra de la plaza mayor y con una amplitud desusada en su época. Y el 13 de octubre de aquel año, después de haber celebrado las festividades de Nuestra Señora en la iglesia próxima de San Felipe Neri, se colocó la primera piedra del Monasterio y Colegio de la Enseñanza. Asistió un grande y lucido concurso. La fundadora ofrendó la mina y algunas monedas, y doce señoritas de la ciudad también hicieron simbólicas ofrendas.

¡Qué ir y venir de obreros atareados! ¡Qué manera de crecer aquellos muros bajo la mirada vigilante y con la ayuda generosa de la fundadora y de su marido el Oidor Decano don Joaquín de Aróstegui! Dinero a manos llenas para levantar iglesia, monasterio, colegio. Las instalaciones eran amplias, pues a más de las niñas llamadas colegialas o encomendadas, es decir internas que no salían del colegio durante el año de estudios, había otras que diariamente volverían a sus casas. Y porque al lado del colegio para señoritas, debería funcionar, por voluntad de la fundadora, una escuela para enseñanza de pobres completamente gratuita.

Y mientras las paredes crecían y se cruzaban las enormes vigas y se techaban raves y dormitorios, doña Clemencia aseguraba su fundación también en lo espiritual, inclinando a la vocación del claustro y de la enseñanza doncellas destacadas de la ciudad, entre ellas sus más próximas parientas.

Pero la edad, la actividad incansable y las enfermedades, fueron venciendo la salud de la fundadora. Con todo ella misma vigilaba las obras y alcanzó a verlas tan adelantadas que solo faltaban ya algunos pavimentos, rejas y puertas en los edificios principales cuando ocurrió su muerte, el día 24 de octubre de 1779. Sucesora suya en el empeño de levantar el colegio fue su sobrina Magdalena Caicedo. Pero doña Clemencia entre sus voluntades testamentarias había dejado minas, casas y caudales para proseguir la obra.

Admira en esta discreta mujer la coincidencia en la capacidad para planear cosas grandes y su tenacidad y esfuerzo para ir las realizando con previsión y sin desfallecimientos. Cuatro años pasaron desde la muerte de la fundadora antes de que pudieran tomar el velo las primeras monjas, presididas por doña Magdalena.

Y, por fin, el 19 de marzo de dicho año de 1783, por primera vez se abrían en nuestro país las puertas de una casa de educación para la mujer. Hoy nos parece eso fácil y normal. En aquellos tiempos fue algo maravillosamente excepcional porque rompía una tradición ancestral de siglos y porque igualaba, en relación con los conocimientos y la instrucción, a hombres y mujeres. Fue una pacífica y ordenada revolución que cambió ideas y abrió caminos nuevos.

De justicia es reconocer que el Monasterio y Colegio de Nuestra Señora de la Enseñanza tuvieron generosos y señalados benefactores. Entre ellos el ilustrísimo e ilustrado arzobispo Martínez Compañón, que lo hizo su obra predilecta y le donó bienes cuantiosos para poder terminar las obras iniciadas por doña Clemencia y para realizar otras nuevas que permitieran aumentar el número de religiosas y de alumnas, así en el colegio como en la escuela gratuita. También el señor Caicedo y Flórez, sobrino de la fundadora, fue protector y guardián celoso del noble instituto.

Por los claustros edificados por doña Clemencia Caicedo pasaron muchas de las grandes matronas colombianas, ya que era la única casa de educación femenina que existió en nuestra patria por más de treinta años. Luego otras vinieron a seguir su ejemplo. A pesar de vicisitudes y de épocas aciagas el Colegio ha logrado no solo permanecer sino progresar. Dentro del mismo espíritu de ilustración y virtud que le dio la fundadora, ha ido modificando su régimen y sus métodos a tono con el progreso general.

La visión de una ilustre señora, su generosidad, su perseverancia y su esfuerzo hicieron posible una obra tan considerable y meritoria. Quiso ella que las mujeres de su patria, sin perder nada de su femenino recato y de su sincera piedad, adquirieran los conocimientos indispensables; que para ellas no estuvieran cerrados los caminos de la ciencia y que se les abrieran horizontes de estudio y de progreso. Fue una iniciativa audaz coronada por un éxito feliz. Y que debe reconocerse y agradecerse por todos los que hoy se ocupan con tanto ahínco, de la condición de la mujer.